



**Diario de una
mujer pública**

VALÉRIE TASSO

El camino de prostituta de lujo a estrella televisiva marca con fuerza las relaciones de Valérie con el sexo y los hombres. En su carácter insaciable está seguir buscando, con total libertad, experiencias nuevas y excitantes. Y el exclusivo mundo que ahora se abre ante ella será perfecto para dar rienda suelta a nuevas fantasías. El salto a la vida pública pone a Valérie en el disparador de nuevas relaciones, excitantes, peligrosas y obsesivas.

Valérie entrará en el mundo de la televisión y conocerá de primera mano su papel en los programas líder de audiencia y las ambiguas relaciones con presentadores y colaboradores. Pero también vivirá el lado más amargo de la fama y tendrá que enfrentarse a antiguos clientes que se sienten traicionados, periodistas que buscan algo más que una exclusiva o admiradores insaciables que llegarán a lo que sea por poseer al objeto de su deseo.

Con el estilo directo y desinhibido que la caracteriza, Valérie relata sus vivencias sin perder de vista su personal y abierta relación con el sexo y la literatura. Esta aventura la llevará a cruzar límites nunca antes traspasados.

A ti, Jorge, por abrirme las portezuelas verdes

NOTA DE LA AUTORA

Escribí este diario en paralelo a *Diario de una ninfómana*, para plasmar en él todas mis sensaciones y algunos acontecimientos que ocurrieron durante la promoción del libro, e incluso inmediatamente después. *Diario de una mujer pública* era, pues, mi «válvula de escape», un diario «para mí».

Sin embargo, he decidido publicarlo, por lo que he tenido que cambiar algunos datos o sustituir algunos nombres —sobre todo de personas famosas, e incluso muy famosas— por seudónimos o por una inicial, para no comprometerlas y evitar así un revuelo mediático sin precedentes. He mantenido los nombres reales cuando he considerado que no vulneraba la intimidad de las personas. Espero que el lector lo entienda.

VALÉRIE TASSO, enero de 2011

La gente no soporta un discurso honesto.^[1]

MICHEL HOUELLEBECQ

*Y a-t-il, pour l'être humain, du plaisir hors de l'obscé-
nité?*

CATHERINE MILLET,
Jour de souffrance

Una sólo se escribe a sí misma.

VALÉRIE TASSO

PRÓLOGO

Biografía de una pregunta

Un día yo tuve una pregunta.

Allí, en un cajón secreto, cerca de la pequeña cómoda de madera, me sacaron de entre las bragas y los tramposos sostenes *Wonderbra push-up* de mi madre.

El sexo, primer interrogante. Romper mi himen y colorear, como hacen los niños, el dibujo de mi nombre.

La primera vez sentí que mi piel se desprendía de mis huesos. Pensé que había algo esencial en esa interacción íntima y que había encontrado algo que quizá daría cierto sentido a una existencia que podía llegar a ser más o menos interesante, pero que no me daría una respuesta sobre lo realmente importante de la condición humana.

Mientras mi coño era el centro de atención, mi ombligo se retraía en su pequeño agujero. Hacia dentro. Siempre hacia dentro. El verdadero centro de gravedad del «Yo» era mi coño.

El sentido, segundo interrogante. Hinchar mi vientre.

En la trastienda del placer, donde se acumulan los trastos viejos, la perpetuidad. Una permanencia rota, una permanencia irreal.

Jaime, el maltratador con quien viví y que me dejó tirada en la calle, entró, como un clavo, en la pared que edificó mi cuerpo. Su pene violáceo se agitaba de placer. Yo apretaba mis manos de futura mamá contra sus nalgas.

Recordé que me había dejado puestas las bragas, condimentadas con su secreción transparente y un poco espesa. Mejor espesa; para asegurar la estirpe, como hacen todos.

Más tarde quise impartir conocimientos al sexo, en contra de lo que indican las apariencias. Fui una muñeca desarticulada en manos desconocidas. Una puta.

Generosa en mi arquitectura que, a pesar de todo, percibía inmaculada, recibía a otros, con el vello púbico depilado, bien o mal, en bañeras de mármol, en jacuzzis verticales decorados de azulejos carísimos.

Fui una almohada embestida sin compasión por desconocidos.

Mis sentimientos eran contradictorios: detestaba a los clientes pero amaba sus discretos aires de júbilo, estrangulados por unos labios que recorrían cuevas y pendientes, al saber que disponían de alguien con quien follar a sus anchas.

Sentí asco ante ese ganado cebado. Sentí alegría ante esas carteras cebadas.

Encima de mí, los tipos goteaban. Abrirles en canal me habría ensuciado. ¿Y hacia quién habría dirigido mi odio entonces? Así que me abrí yo.

Les paladeé y digerí. Parecía incapaz de hacerlo pero lo hice. Y no fue difícil. Hasta me gustó... muchas veces.

El roce amoroso ya ha vivido lo que le toca vivir.

Bajo las barrigas espesas, descolgadas, trabajadas y sudorosas, aprendí a sentirme como una pluma: ligera y amorosa.

Más adelante, el sexo buscó casa en el pensamiento. Y habitó en mí. Las prisiones se me quedaron pequeñas, las mordazas me sirvieron para otra cosa. Entre un episodio y otro, lo anoté. Lo anoté en un diario: Diario de una ninfómana.

Ahora, recuerdo que un día yo tuve una pregunta.

Suda. Se enlaza. He hecho desaparecer a Giovanni, el cliente que un día pagó por acostarse conmigo y del que me enamoré; dejé el prostíbulo pero me quedé con él... un tiempo, un buen tiempo. He hecho desaparecer a Giovanni, no sin lágrimas. Pero Jorge apareció. Regresa una y otra vez, el día en que se come a todos los demás, el día en que todos los que fueron dejaron de ser.

Se levanta esquivando pilas de libros. Esquivando cosas, miles de cosas.

Brindamos, con un vaso corto, de orina fresca.

El tiempo, hilos cosidos de dolores incurables. El sexo, el tiempo de una pregunta.

Un día, yo tuve una pregunta. Y escribí un diario. Para conocerme mejor.

Ahora, la respuesta es mía.

1

Introducciones

Septiembre de 2002 (medio año antes de la publicación de mi Diario)

Nunca he vendido mi cuerpo. Lo tengo más que claro. He alquilado mi saber-hacer sexual a cambio de una retribución económica más o menos interesante. Como lo puede hacer un abogado con un cliente.

¿Acaso se ha visto a un cliente llevarse a su abogado debajo del brazo porque, por haberle pagado, piensa que es suyo? No, ¿verdad?

Pues en el mundo del sexo de pago pasa lo mismo. Entonces, ¿por qué tanto revuelo? ¿Tan difícil es entender eso?

He contribuido a hacer felices a muchas personas, hombres y mujeres, y lo he hecho libremente. En el fondo, he prestado un servicio como cualquier empresa, y, por supuesto, un servicio se retribuye. Pero además he disfrutado con esta actividad, cosa de la que pocas personas, en el mercado laboral actual, pueden alardear. El verdadero meollo de la cuestión, creo, es el binomio sexo/ dinero. Si ofreciera mis genitales sin cobrar, ¿se me juzgaría igual? Lo dudo, sinceramente.

Mi «mánager» ha sido un poco autoritario, no lo voy a negar, pero no más que un jefe déspota en su despacho de

caoba. Sólo pretendía velar por la prosperidad de su empresa y, por consiguiente, por el dinero de las chicas.

Mis compañeras —algunas envidiosas, otras más asquibiles— se podían comparar a secretarias cotorras que se pasan el día criticando. Un gallinero. Como en cualquier empresa, repito. Pero todo eso son minucias, chiquilladas frente a la gran labor que hemos desempeñado.

Lo único diferente de una empresa «convencional» es que, de vez en cuando, compartimos genitalidad.

Por fin algo de complicidad verdadera en el mundo del trabajo.

Por fin algo de ternura auténtica en este templo mundial de la hipocresía.

Por fin el verdadero amor fraternal con el que contrata tus servicios.

Por fin una transparencia total entre proveedor y cliente. Igualdad absoluta. «Tú me das, yo te doy».

Por fin un dinero ganado con el sudor de nuestro cuerpo y que algunos empresarios fraudulentos no se llevarán por la patilla. Ni intermediarios comisionistas de diversos ámbitos que darán un tanto por ciento al buitre de turno al que, si no le pagan, amenazarán con delatarles. Y así sucesivamente. Un suicidio ácido y corrosivo de nuestra sociedad.

Por fin un «no te preocupes, aquí está permitido tocar, manosear, penetrar y fumar después del servicio, entre otras cosas». Libertad absoluta sin hacer daño a nadie.

Por fin, un buen corte de mangas en plena cara de la represión que siempre se justifica con opiniones y no con argumentos.

Ya lo estoy echando de menos. No sé si he insistido lo suficiente en ello en Diario de una ninfómana. Acabo de terminar mi libro y tengo dudas al respecto.

Echo de menos esa vida que llevaba al margen de la rutina siempre estresante de empleados con trajes grises que van perdiendo ilusiones, rendimiento y sufren crisis de angustia.

Yo, el estrés, lo estoy empezando a notar ahora. En mis tiempos de puta, no. Al contrario, estaba más relajada.

Veía la diferencia entre los demás y yo. Los empleados con trajes grises sólo sonreían cuando las braguetas se bajaban. Yo siempre sonreía.

Echo de menos a la gente interesantísima que he conocido. Es verdad que siempre hay personas que no valen la pena. Pero pasa en cualquier sitio. Sin embargo, en mi profesión, tenía más posibilidades de conocer a gente realmente genial, con buena conversación.

Sé que he hecho algo importante para mucha gente. He repartido mucho amor. ¿Son muchos los que pueden decir lo mismo? En mis adentros, me río.

Menos mal que existen chicas de compañía. Así, la santa esposa se puede definir como tal porque nos tiene a nosotras, las supuestas «chicas perdidas», como referencia. Sin nosotras, no podría definirse. No sería nada. Somos el pilar de la institución del matrimonio. Sin nosotras, el sistema se desmoronaría. La noche no es noche si no existe el día.

El tipo de sociedad en el que vivimos tendría que aplaudir nuestra labor y recibirnos con todos los honores. Quizá un día...

Mi grito a la «*Liberté, égalité, fraternité*» nunca ha cobrado tanto sentido. Está reflejado por fin en *Diario de una ninfómana*.

He tenido suerte en la vida, mucha suerte.

Sí, ya. Ya lo sé. Este tipo de discurso jode. Pero el problema es de los demás, no mío.

Queda poco para la publicación de mi libro.

Muy poco.

¿He dicho ya que la dignidad no está en la entrepierna? Pensar lo contrario es estar obsesionado con el sexo. Tenerlo en la cabeza las veinticuatro horas del día.

Que los mojigatos se vayan a la cama, y no precisamente a arrugar las sábanas. Porque sé, y ellos mejor que yo,

que no lo harán. Las suelen arrugar siempre en camas ajenas.

2

Ahora ya no tengo miedo

Diciembre de 2002 (quedan 4 meses para la publicación de Diario de una ninfómana)

«... He sido una mujer promiscua, sí. Pretendía utilizar el sexo como medio para encontrar lo que todo el mundo busca: reconocimiento, placer, autoestima y, en definitiva, amor y cariño. ¿Qué hay de patológico en eso?».

Acabo de repasar las galeradas de mi libro y de dar el visto bueno a mi editor. Me siento satisfecha. Pero no dejo de dar vueltas a la decisión de publicarlo.

No, no tengo miedo. No tengo miedo de quién soy. Tampoco me arrepiento de haber escrito este libro. Nunca quise «anestesiarme», como suele hacer la mayoría de las personas, sean cuales sean las consecuencias. No puedo salir de mí misma, ya que siempre he suscrito la máxima de la escuela del poeta beocio Píndaro «Llega a ser quien eres».

Reflexiono sobre el libro. Intento entender. Me doy cuenta de que dejé de jugar con muñecas a los treinta y un años. ¿Para qué creen que se hizo la Barbie? ¿Y su novio Ken? Pues para eso, para que los niños estudien anatomía, su anatomía. Ante aquellos juguetes malditos, los puritanos levantaron los brazos al cielo, las *feminazi* (término inventado para referirse a la feminista radical, castradora) empeza-

ron a gritar que la Barbie representaba el prototipo de la mujer objeto (¡no te jode! si es una muñeca...), que eso podía torcer la visión de los niños acerca de las relaciones, que las niñas se formarían una imagen distorsionada de su propio físico porque está muy buena pero muy delgada, y unas cuantas chorradas más. Yo en casa nunca tuve una Barbie; jugaba con los chicos, y miren cómo he salido... Y cuando alguien juega a las muñecas, no se arrepiente de hacerlo. Al contrario: disfruta desnudando a esos seres inanimados, no para cambiarles el traje sino fundamentalmente para ver su sexo. Y conocer. Y aprender. Pues sí, yo dejé de jugar a las muñecas a los treinta y un años, cuando abandoné la prostitución. Y obviamente no me arrepiento. Las muñecas, hoy en día, son asexuadas. Ni siquiera tienen pezones. Ni genitales.

Creo que existió un motivo fundamental para ejercer la prostitución: conocerme. Creo que existió un motivo fundamental para hacerlo público: el hecho de que ése podía ser el motivo para ejercerla.

—No te vas a poder «recoser» después de un acontecimiento así —me dice el primer amigo a quien le comunico mi decisión de publicar el diario.

Curiosamente, las personas de mi entorno tienen pavor a la salida de mi diario. Yo no. Yo no he querido justificar nada hasta ahora. Ya lo haré si tiene repercusión cuando esté en las librerías. Pero no pediré disculpas, ni iré de víctima. No pienso hacerlo; eso sería traicionarme, sería peor que prostituirse.

Evito a la gente y sus consejos. Sólo algunas personas tienen noticia de mi libro, pero no les permito que me influyan. Lo que he vivido es algo muy personal que los demás desconocen y no pueden juzgar. Además, por muy clara que sea una decisión tuya, cuando te dejas reflejar en el otro y ese otro tiene pánico, va contagiándote su terror. Es inevitable. No quiero depender de los otros, ni ser prisionera de sus miedos ni de sus juicios. Sólo yo tengo derecho a

actuar, a definirme. Pero intuyo que, muy a mi pesar, se va a abrir ante mí una especie de «abismo social».

Cuando reflexiono acerca de mis vivencias sexuales llevo a varias conclusiones: durante mis encuentros fortuitos, me dispersé; cuando ejercí la prostitución, por primera vez me centré exclusivamente en el placer, y eso me ayudó. Antes, el placer sexual se diluía. Mientras, durante mis meses de *escort*, se concentraba. Di, en el fondo y sin darme cuenta —aunque inconscientemente sabía que el camino recorrido era el correcto—, un salto cualitativo para conocer mejor mi sexualidad, mis límites, mis puntos de torsión, incluso si los hombres que pagaban me eran totalmente desconocidos. Me centraba únicamente en el sexo, ya que estaba en un entorno «diseñado» para ello. La atmósfera del clímax, en «la casa», invadía todas las habitaciones. Y su dulce perfume me embriagaba. En cambio, los encuentros furtivos en cualquier sitio no revestían la capa de deseo que se podía crear en el burdel.

En fin, aquí estoy, algo impaciente por todo pero haciendo vida «normal», es decir, todo lo que la gente suele calificar de anormal.

8 de enero de 2003 (quedan 3 meses para la publicación de Diario de una ninfómana)

Llevo meses viendo a un acupuntor y especialista en medicina china para que me ayude a ser fuerte el día D. Se llama José. Todavía no le he dicho nada de mi libro. Suelo ir cada semana a su consulta para que me pinche, y al salir me siento otra. El tratamiento es una maravilla. Debo reconocer que José me atrae físicamente. Pero, obviamente, eso tampoco se lo he dicho. Me ha anunciado que estoy mucho mejor, que ya hemos quitado varias «capas a la cebolla» y que, seguramente, ya no voy a necesitar acudir a la consulta una vez a la semana sino cada quince días. No me